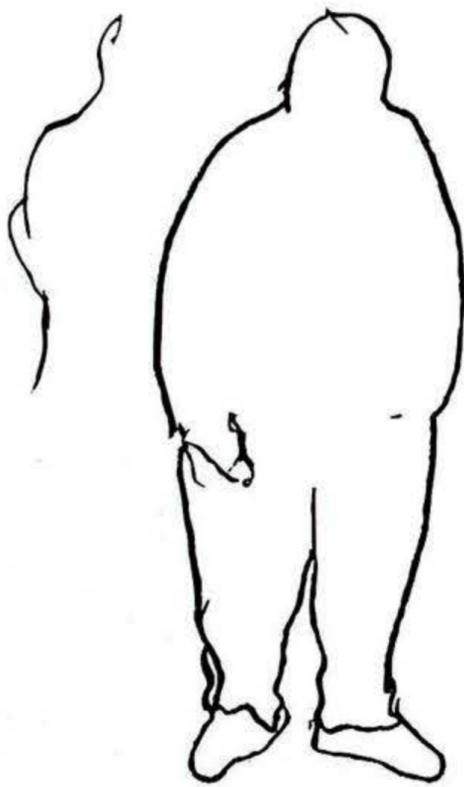


los documentos de la Conferencia Episcopal Colombiana. Es reiterada la referencia al tratamiento que reclama la Iglesia del respaldo legal que le brindaba la Constitución de 1886. Al sentirse disminuida en sus prerrogativas, la Iglesia asume un nuevo papel que implica un cambio en su estrategia de relación con una comunidad cada vez más pluralista, individualista y civil.

El historiador Mauricio Archila Neira estudia la evolución reciente de los movimientos sociales obrero (sindical), campesino, cívico e indígena, analizando someramente su contexto histórico y sus tendencias actuales, para elaborar algunas hipótesis sobre su comportamiento, aunque parten de procesos que aún es prematuro evaluar para resolver cuestiones como la dinamización de los aspectos progresistas de la Constitución de 1991.



El último capítulo recoge un ensayo de Libardo Sarmiento Anzola, economista y filósofo, en el que trata sobre las reformas y el desarrollo social en los años noventa. Se ilustra al lector con cuadros estadísticos, v. gr., sobre el ingreso per cápita en América Latina —1993—, donde aparecemos ocupando los renglones más bajos, índices de violencia con variables de ascenso continuo, casi perpendicular, y otros cuadros más complicados en estadística matemática que ilustran el comportamiento del gasto social, la producción, la equidad, la inflación y la pobreza. Remontando antecedentes a los años trein-

ta, se concluye el trabajo con un pronóstico optimista para el gobierno de Ernesto Samper, basado en la confluencia de factores positivos de oportunidades en el contexto económico (crecimiento sostenido, pacto social, etc.) que se deben enfrentar con las amenazas tradicionales del gasto público y las actividades especulativas del sector financiero, además de factores políticos que no suelen ser predecibles. El tiempo dirá lo que será.

Intentando un análisis general de ensayos sobre temas tan amplios y susceptibles de discusión —como son los brevemente expuestos— y con la dificultad que implica evaluar procesos aún prematuros, se nota que los ensayistas se alejan de la dinamización de los proyectos teóricos de la Constitución. Todo parece observarse ocultando un problema que, de por sí, prefiere mantenerse en la sombra; se analiza el proceso gubernamental a través de sus protagonistas, personajes y organizaciones políticas, mas no se enfoca desde la distribución y concentración del ejercicio del poder, ni se trata el asunto de si —a través de la Constitución como dispositivo institucional— se puede dirigir y controlar su dinámica, que es, para algunos, la naturaleza de nuestras miserias. Es cierto que, teóricamente, la Constitución es el instrumento más importante para el control del poder del Estado; pero: ¿es el Estado el poder? Se habla de instituciones en su inscripción dentro del proceso histórico tradicional de los acontecimientos y no con ese trasfondo que no puede ser visto por estar más allá de realidades obviamente desconocidas. No se toma en cuenta un hecho que, en tiempos recientes, ha cambiado de manera decisiva la significación de la constitución escrita: si en principio un documento constitucional formal servía para limitar el ejercicio del poder político en interés de la libertad de los destinatarios del mismo, la existencia hoy de una Carta no implica, en absoluto, una garantía de distribución y, por lo tanto, de limitación del poder. *En busca de la estabilidad perdida* puede aproximar al lector al aparato crítico que aquí se plantea: dicen los politólogos y analistas constitucionales que, cada vez con más frecuencia, la técnica de la constitución es usa-

da conscientemente para camuflar regímenes autoritarios y totalitarios, siendo, en muchos casos, no más que un cómodo disfraz para la instalación de una concentración del poder en las manos de un detentador absolutista, quedando privada de su intrínseco *telos*: institucionalizar la distribución del ejercicio del poder político.

Las anteriores opiniones no le restan mérito a un trabajo cuyos planteamientos enriquecen sustancialmente el conocimiento de nuestra realidad para la posterior comprensión y diagnóstico de las inestabilidades y desequilibrios sociales que, de tumbo en tumbo, han marcado la historia del país.

HERNÁN ADOLFO GALÁN CASANOVA

Saúl no da empleo

Juegos de rebeldía. La trayectoria política de Saúl Charris de la Hoz

Medófilo Medina

Línea de investigación en historia política, CINDEC, Universidad Nacional, Santafé de Bogotá, 1997, 220 págs.

Una de las audacias que implica la elaboración de este trabajo es el haber tomado a un personaje vivo para biografarlo (aunque se halle retirado de la actividad por la que fue conocido) y mediante su biografía esclarecer el funcionamiento de los mecanismos de adhesión, la relación entre el centro y las regiones y las redes locales de poder del sistema político colombiano: la otra consiste en que el historiador de oficio aborda el período más reciente, lo cual conlleva arriesgar juicios acerca del presente, sin la perspectiva a la que está acostumbrado.

Por haber conocido, antes de su publicación, algunas exposiciones del proceso investigativo que produjo este libro, quien aquí reseña puede referirse a ciertos "secretos de taller" en su elaboración. El primero es el de la cuidada factura estilística, la economía y lo terso de la prosa con la que está escrito. Es un rasgo sobresaliente, pues

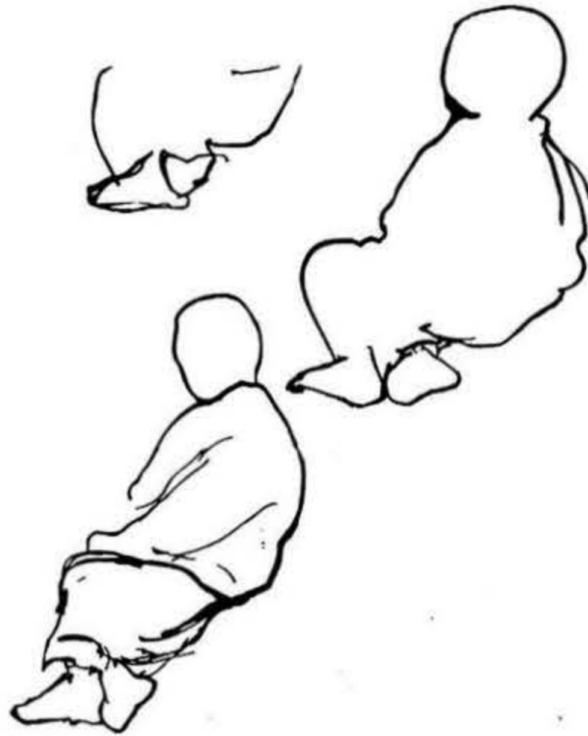
quienquiera que trajine en el oficio de escribir sabe que la claridad asociada al rigor en el análisis constituyen el ideal que se busca conseguir. Llegar a él requiere de muchos borradores de una lucha perseverante con la palabra, y ambas cualidades en un solo texto vienen siendo producto exótico en nuestro medio. Es un rasgo que ha de destacarse, pues contrasta con lo que predomina en la literatura académica.

El historiador Medina, ya a estas alturas, se sabe dueño de una destreza para exponer, elude las simplificaciones y el retoricismo propios de la materia con la que trabaja, y se echa de ver que además se aparta de ciertos énfasis y ciertas expresiones consagradas que pudieran hallarse en sus escritos anteriores. Hay una premeditado cultivo de la frase corta densa, y de la expresión más didáctica entre varias posibles. A leguas se nota que nuestro historiador tiene poco aprecio por el barroco lingüístico latinoamericano; no practica el arte de la enumeración, ni resuelve el problema de las analogías históricas mediante la profusión de sinónimos o de circunloquios. Si de algo está curado el profesor Medina es del verbalismo como vicio intelectual.

Realza la forma para realzar el contenido. Al realzar la forma, cavilando con cuidado en la composición del texto, cincelandos y puliendo cada frase con esmero, parece advertirnos contra la subvaloración acrítica, salirle al paso a lo que pudiera ser un espejismo del lector que sólo esperara biografías de personajes de primera fila. Nos está indicando que la importancia del contenido no puede juzgarse a priori; que hay una significación particular en los personajes subalternos y en la dimensión regional; nos indica, en fin, que entre los usos posibles de la biografía para el historiador el que menos se ha cultivado es el que más posibilidades analíticas ofrece. La técnica narrativa que emplea está pensada para atraer al lector no especializado, al lector que jamás haya oído hablar del biografiado (que es, por cierto, el caso de los colombianos mayores de 40 años; es decir, de la inmensa mayoría de los colombianos). Como dice en otro texto Malcolm Deas, mientras que las biografías de los grandes hombres son el género más antiguo, y

en el período más reciente hacer la biografía de la gente sencilla ha estado en boga, son prácticamente inexistentes las biografías de personajes intermedios.

Medófilo Medina no desestima el valor de la anécdota, del hecho singular, pero concibe que su utilidad está en función del meticuloso análisis de contexto. Valora lo individual, pero en tanto que pueda justipreciar su representatividad, establecer su significación local y regional, por ejemplo. Como para algunos de los historiadores franceses en los que encuentra modelos para el género, el individuo viene siendo el prisma a través del cual se puede descomponer toda la gama del espectro de la vida social.



Ilustrando aquella afirmación de un teórico social según la cual un buen problema de investigación puede originarse en una idea preconcebida, incluso en un prejuicio, en una idea que al cabo de muy poco se muestre falsa, pero que, a condición de que se la sujete a una contrastación metódica que conduzca luego a la más adecuada de las formulaciones, lo que nos revela este libro es, entre otras cosas, la sinuosidad y contramarchas en el proceso de investigar. Mediante una alusión inicial al determinismo con el que la izquierda de los años 70 solía enfocar la política, sus mecanismos y sus protagonistas, se nos señala el punto de partida. Luego se percibe que la trayectoria ha sido larga y que la manera de enfocar al personaje, la significación que se le atribuye, ha ido cambiando a lo largo de ella.

En algún momento, hacia el final, nos dice el autor que considera su escrito un ensayo, seguramente en el sentido de que no pretendió ser íntegramente demostrativo o exhaustivo, siendo meticuloso. Que en torno al mismo personaje deja campos y problemas a la investigación futura, es claro. El tono polémico de algunas de las conclusiones lo corrobora; pero allí mismo pueden estar las limitaciones de este libro. Varias de las conclusiones son enunciativas, pero no tienen una secuencia argumental previa. Cuando el vuelo interpretativo de las conclusiones hubiera conducido a un reexamen de algunos de los aspectos del sistema político colombiano —y al propio lector se le ocurren argumentos provenientes de la materia expuesta—, el autor los deja a título de sugerencias o como no suficientemente explorados.

Es el caso de un problema crucial: la violencia de todas las ciudades colombianas. Barranquilla, uno de los escenarios en el que se mueve nuestro biografiado, es la primera en la que el gaitanismo se consolida, y llega a ser, muy temprano, su bastión incontrastable. El propio y muy rápido ascenso de Charris de la Hoz al plano nacional tiene que ver con la emergencia del gaitanismo. Gracias a ese auge, y a la afinidad con Gaitán que interviene directamente para nominarlo —afinidad muy bien estudiada y expuesta en este libro—, Charris pasa sin mediaciones del concejo de Barranquilla al Senado de la república y a la escena nacional.

El 9 de abril es Charris hacia quien se vuelven las masas gaitanistas. La jornada se vive allí con intensidad, y con ribetes dramáticos en lo personal. Charris de la Hoz, quien había pronunciado discursos virulentos con anterioridad (“Por cada liberal que caiga, que caigan tres conservadores”), pronuncia dos discursos emotivos antes de derrumbarse, debido a una conmoción cerebral, ese mismo día; pero el caso es que nada de esa emotividad y efervescencia, y nada de esa intemperancia verbal, producen episodios de violencia semejantes a los de las ciudades y regiones del interior. Atlántico y Barranquilla siguen siendo pacíficas, se convierten en sitio de refugio para exiliados de la violencia provenientes

de otras regiones (gracias a una labor que, por cierto, Charris promueve y organiza), y nuestro historiador declara que el pacifismo del Atlántico, el hecho de que la región y su centro se hubieran sustraído a la oleada posterior de violencia, escapa a los objetivos del trabajo. Desde luego que no cabría esperar explicaciones o interpretaciones concluyentes, pero sí cabría esperar inferencias, hipótesis propias o la confrontación de las hipótesis que respecto del pacifismo de la Costa Atlántica han hecho otros investigadores; Fals Borda, por ejemplo. En todo caso, el personaje escogido, su época, el contexto nacional en el que se mueve hacen ineludible el problema de la violencia.



Otro aspecto que a nuestro juicio hubiera merecido una consideración más metódica, un tratamiento comparativo, es el del populismo y su carácter efímero en Colombia. Hay avances, sin duda, elementos para una explicación, pero al mismo tiempo notamos inhibiciones, cierta contención al respecto. La orientación populista es una de las constantes del personaje desde su etapa gaitanista hasta su participación en la Anapo, y está presente como opción ideológica en algunos pasajes de las entrevistas hechas con propósitos biográficos. La precariedad, o lo efímero, del populismo en el caso colombiano, la han señalado Pécaut y otros colombianistas como una singularidad en el

contexto latinoamericano, singularidad que contribuye a explicar la también precaria integración del país por su base.

La discusión está abierta entre historiadores, sociólogos y politólogos; nuestro historiador alude al problema, aporta elementos muy importantes para su análisis, pero no lo explora suficientemente. ¿Eran esas variedades del populismo colombiano tan sólo un ademán, una táctica electoral? A lo largo del trabajo y a propósito de ciertas definiciones políticas del biografiado, se aportan elementos para la comprensión de la naturaleza de los partidos políticos colombianos, de la persistencia del bipartidismo, de su conformación como un rasgo de la cultura política colombiana. Ya el título escogido para el libro apunta en esa dirección. Acerca del carácter parasitario de los partidos políticos tradicionales, de su elasticidad organizativa, de su capacidad para la cooptación de los disidentes, se exponen los componentes claves y se encuentran algunos de los pasajes más agudos de este libro. Y esa es, sin duda, una parte sustancial de la explicación, pero acerca de los propios conatos populistas, de sus inconsistencias, de su carácter inorgánico y de las diferencias con otras experiencias latinoamericanas de mayor arraigo, queda la impresión de que se hubiese podido avanzar más, explorando más al personaje y su pasado.

Una última cuestión es la del clientelismo; lo que encontramos aquí son ciertas contraevidencias. Inicialmente se toma una definición tradicional, y la trayectoria inicial de nuestro personaje encuadra en la lógica clientelista: sistema de contraprestación en que se intercambian bienes públicos por lealtades políticas. El político regional es así una pieza clave para acercar el Estado a la región, y edifica su carrera sobre ese papel de intermediario. Las redes de apoyo que construye a su favor cumplen, además, esa función. Pero uno de los rasgos de la personalidad de Charris de la Hoz, reconocido aún por sus rivales, es su honradez. Cualidad, a simple vista, poco relacionada con el modo predominante de hacer política en Colombia, y con lo que contemporáneamente entendemos como clientelismo y cuyos trasfondos éticos y re-

ligiosos, cuyas referencias últimas de valor ha identificado y analizado juiciosamente Medófilo Medina, en la formación temprana y en el medio familiar del biografiado.

“Saúl no da empleo” es una de las explicaciones proveniente de sus rivales para explicar la pérdida de su influencia política y del número de adherentes a su corriente. El tono moralizante y fiscalizador de algunas de sus intervenciones lo corrobora y es destacado en la narración, así como es lo que explica algunos de los cambios de adhesión respecto de figuras nacionales por parte del propio Charris. No parece haberse adelantado en su contra investigaciones o denuncias por malos manejos o beneficios particulares de las obras promovidas, no es posible establecer parangones entre esta trayectoria y las de otros representantes políticos regionales, arquetipos del clientelismo, que han sido objeto de monografías sistemáticas, y el contraste con la generación de dirigentes regionales que lo reemplazará lo favorece a ese respecto. Pero entonces queda un problema de interpretación: o el clientelismo ha cambiado de *modus operandi* —y habría que señalarlo y discernir su valor explicativo— o aquello en lo que se basó la carrera política del biografiado no era propiamente clientelismo, sino el sistema tradicional de movilización y de consecución de lealtades al que ningún dirigente regional se podía sustraer en principio. Lleras Restrepo, uno de los líderes con quienes se identifica de modo intermitente Charris, es quien introduce el término y el concepto en Colombia, y lo hace tomándolo de la discusión política y académica italiana, en donde se subraya precisamente que la contraprestación la ofrece el político clientelista mediante la nómina, creando toda suerte de empleos superfluos, dilapidando los recursos públicos para perpetuarse como dirigente.

Pero al poner tanto acento en las limitaciones tal vez haya desbalance en esta reseña: hemos sido prolijos en la crítica y parcios en el elogio; sin embargo, es precisamente por que creemos que los aciertos del trabajo son sobresalientes, a la vez que consideramos que con lo que hubiera de limitaciones, fertiliza y estimula la discusión.

ECONOMÍA

En un sentido más universal, en las ciencias sociales existe una tendencia reciente a subrayar la importancia estratégica del conocimiento histórico. En los Estados Unidos, por ejemplo, hombres provenientes del sector académico que luego han desempeñado un papel protagónico en la toma de decisiones al más alto nivel (Henry Kissinger, *White House Years*, 1979; Robert MacNamara, *In Retrospect. The tragedy and Lessons of Vietnam*, 1995), al evaluar las incongruencias y errores de la política exterior norteamericana, más allá de sus diferencias de diagnóstico coinciden en una deficiencia básica: la falta de conocimiento histórico por parte de sus dirigentes. (El primero dedica un apartado de su libro a destacar “la perspectiva del historiador” en la comprensión de los cambios globales; el segundo se refiere a la falta de conocimiento histórico —“our profound ignorance of the history”— como una de las causas principales de la derrota norteamericana en Vietnam).

Aquí, frente a este libro, estamos frente a un trabajo de alto nivel, que produce y hace accesible un conocimiento histórico especializado, un producto sazonado y maduro, un ejemplo poco común de disciplina intelectual, de laboriosidad, de vuelo interpretativo aplicado a un tema y a un personaje hasta ahora no estudiados.

FERNANDO CUBIDES

Profesor, Departamento de Sociología,
Universidad Nacional

Apocalipsis “now”

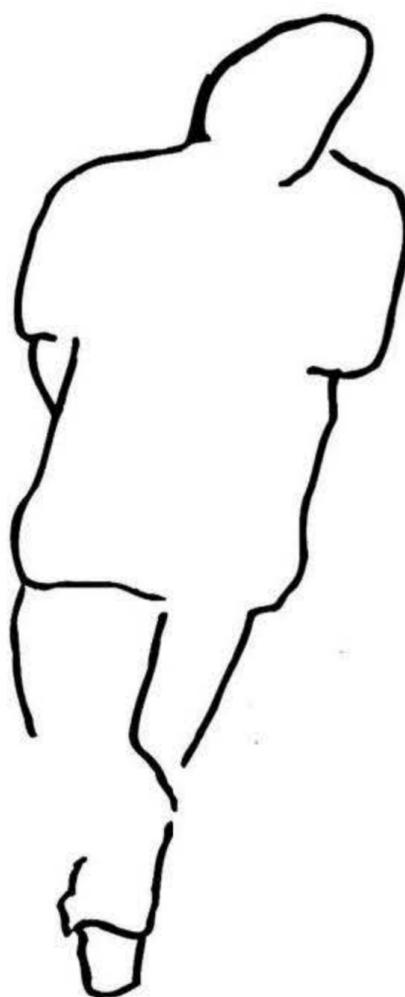
El horror económico

Vivian Forrester

Fondo de Cultura Económica,
México, 1997.

El capitalismo ha horrorizado a más de uno. Charles Dickens mostró que la rigurosa caridad protestante no era suficiente para aminorar la miseria que caía sobre las masas y sobre sus niños. Los obreros ludistas pensaron que destruyendo las máquinas podían exorcizar el

desempleo. Marx afirmó que la mecanización como pasión del capitalismo iba a causar desempleo pero que más importante era que reduciría la fuente de la ganancia, el propio trabajo humano, y precipitaría al sistema en una crisis disolutoria. Schumpeter describió quizá mejor al capitalismo como una fuerza inatajable que era, en esencia, una creación destructiva o, digámoslo al contrario, una destrucción creadora. Ahora Vivian Forrester en un libro que ha obtenido enormes tirajes se horroriza, anota que los trabajadores perdieron el derecho a ser explotados y cree que el problema del desempleo en Europa y en el mundo es creciente e insoluble.



El enfoque francés

Quizás el problema sea más europeo y concretamente francés que global, aunque Forrester habla del horror planetario. La actitud francesa frente a la internacionalización de la economía la pudo resumir bien el presidente Chirac cuando dijo que la internet era un complot anglosajón. Ahora Forrester la amplía al preguntarse que “¿No se buscará más bien el crecimiento de las especulaciones financieras y los mercados más o menos virtuales —del ‘capitalismo electrónico’— tan disociados del crecimiento en cuestión?” (pág.

141). En otras palabras el cambio técnico involucrado en la informática no es real, no hay la tal “nueva economía”, pero hay que ver a los cineastas franceses adquiriéndolo tardíamente, en una de sus millares de aplicaciones, como son los efectos especiales a las firmas de California y Seattle. Frente al auge de la cultura de masas norteamericana, los franceses no hacen sino regular lo que pueden mostrar sus cinemas —50% de cine nacional, a la fuerza— y no se da el impulso para descentralizar, agilizar y modernizar su industria cinematográfica. Como lo observó uno de sus buenos directores: “ambos estamos produciendo basura pero la norteamericana es de mejor calidad técnica”.

En los ochenta Francia introdujo el llamado Minitel que era un sistema de comunicación electrónico por teléfono implantado central y costosamente que cinco o seis años más tarde había sido superado por el módem y la computadora personal o sea por un sistema descentralizado y privado que se adapta mejor al cambio que el opuesto. Mientras el primero era estrechamente nacional y no fue adoptado por ningún otro país, el segundo fue conjugado con un sistema descentralizado de información que permitió su rápida globalización. No les parece admisible a los espíritus cerrados que cada tres años aparezca un nuevo chip más poderoso o proceso distinto que deja atrás el patrón tecnológico vigente. Se puede afirmar, entonces, que Francia está de espaldas al cambio técnico y su sistema político centralizado, cerradamente corporativo, no le permite la flexibilidad necesaria para absorber las nuevas tecnologías y con ellas hacer crecer el producto y el empleo. En consecuencia, se protege dentro de la Unión Europea y trata de impedir que la competencia de las grandes corporaciones japonesas y coreanas y ahora de las revitalizadas corporaciones de Estados Unidos les haga mella en sus mercados antes cautivos y crecientemente disputados.

La idea de la competencia y la descentralización son todavía tabúes en Francia y es una de las fuentes del horror que siente Forrester. Los economistas franceses son bastante impermeables a los vientos liberales que vuelven a agitar al mundo y les parece que